

## El reto de la inmigración

# Tan cerca del reencuentro, tan lejos

Familiares de los bolivianos del crucero 'Sinfonía' acudieron al puerto de Valencia con la esperanza de verlos

SALVADOR ENGUIX  
Valencia

Mira, mira; ésa es mi hermana". Ioana, casi una adolescente, de rostro infantil, boliviana residente en Barcelona, lo exclamaba con enorme nerviosismo. Desde el enorme ventanal del segundo piso del edificio de tránsito y pasaje del muelle de Levante del puerto de Valencia podía ver, a una distancia de no más de cien metros, a su hermana: una joven no mucho más mayor que ella, delgada, morena, que se paseaba, acurrucada por el frío y la lluvia, por la cubierta, por el último piso del crucero *Sinfonía*. Justo en la parte más alta, donde se cuecen los turistas en las butacas y tumbonas de este lujoso trasatlántico, cuando el día es soleado.

El buque, atracado a babor en el muelle, majestuoso e imponente, de varios pisos de altura y de 251 metros de eslora, comparecía como un objeto inalcanzable para esta joven, que se esforzaba en pegar el rostro a la ventana para ver mejor en un día tan oscuro. "¿Estás segura de que es ella?", le preguntaba una amiga, otra adolescente, cogida del brazo. "Sí, sí, es ella, mírala, mírala", insistía.

Ésa era la única posibilidad que tenía Ioana de ver a uno de los miembros de su familia que transportaba el buque; porque no se trataba sólo de su hermana. "Con ella va mi sobrina, de dos años", subrayaba. Como en Tenerife y en Cádiz, la orden de los servicios generales de Extranjería, con sede en Madrid, se cumplió a rajatabla: ante la sospecha de que 82 pasajeros de nacionalidad boliviana podían aprovechar la escala para "colarse" como turistas en España, se miró con lupa la documentación del pasaje. "Si no tienen los papeles en regla no entran", señalaban desde la Delegación del Gobierno en Valencia. Así fue en Tenerife, en Cádiz y en Valencia, donde el buque alcanzó la costa a las 14.00 horas. El intento de entrar en España



J. M. CENCILLO

Inmigrantes bolivianos intentan ver a los familiares que viajan a bordo del 'Sinfonía'

### Sin rastro del barco negrero 'Happy Day'

El *Happy Day*, localizado hace una semana en aguas de Senegal cuando iba hacia Canarias con 300 inmigrantes asiáticos y que fue devuelto a Guinea-Conakry –de donde zarpó–, está en paradero desconocido. No está en aguas de Guinea, confirmó la cónsul de ese país en Canarias, Alicia Navarro, informa Silvia Fernández. El rastro se perdió en aguas de Senegal. La Agencia Europea de Control de Fronteras prepara la búsqueda con los países del área.

con este barco se explica porque a partir del 1 de abril aquellos bolivianos que quieran entrar en España deberán disponer de visado. Otros lo intentaron ayer por avión. Fuentes del Gobierno señalaron que "algunos no sólo no tienen los papeles necesarios, sino que no llevaban ni siquiera pasaporte". En el caso del *Sinfonía*, con 500 pasajeros, bajaron los que, con la ley en la mano, sí eran turistas o se podían considerar como tales por tener la documentación necesaria. "Vamos a tomar tapas y a volver al crucero, que salimos pronto", señalaba uno de ellos, un francés de mediana edad, de pelo canoso, irritado por el mal tiempo. Al cierre de esta edición, el crucero, que partió el pasado 13 de marzo de Brasil, tenía previsto zarpar desde Valencia hacia su destino final, Génova. "He podido hablar con mi hermana por móvil; está

bien", comentaba resignada Ioana.

Miriam Claros, una mujer boliviana que confiaba en el milagro, se desesperó. Había llegado desde Alicante, acompañada de otros familiares, con la ilusión de ver bajar del buque a su yerno, José Luis Casía, y también al hermano de éste, Salvador. "Mi hija tiene un niño y aquí tengo los papeles del cole porque estamos en regla", anunciaba mien-

*Los 'sin papeles' tampoco fueron autorizados a bajar y anoche viajaban hacia Génova*

tras, efectivamente, enseñaba a los periodistas estos papeles como si de ellos dependiera que su yerno pudiera pisar suelo valenciano. "Un nene necesita a su papá, llevan mucho tiempo separados", añadía antes de exponer su irritación "porque nadie nos atiende, nadie nos dice nada y quiero hablar con alguien, con gente del Gobierno". "No tienen móvil, pero otros de aquí –señalaba en referencia a otros bolivianos en su misma situación– han hablado con ellos y no están mal; están cómodos". Con los nervios a flor de piel, incapaz de aceptar la evidencia de que ese buque que ahora estaba a pocos metros de ella iba a zarpar en las siguientes horas con su familiar a bordo, recordó: "Mi yerno ha sudado mucho para llegar aquí, le costó 3.000 euros el billete, una fortuna, porque hace falta mucho dinero para ir en ese barco". Ariel Heredia y Guillem, hermanos, bolivianos, pegados a la conversación, pedían que se les prestara atención. Serios, jóvenes, de rostro duro. "Pon que estamos aquí esperando a nuestro sobrino, Jonny", señalaba Ariel. No dijeron nada más, no querían narrar una historia. "Pon sólo eso cuando escribas", repetía, mientras daba dos pasos atrás. ●

no que consolida la inmigración como forma de promoción. Los que no han tenido acceso a lo que promete el proyecto se lo plantearán. Potencia la inmigración". De hecho, desde el colectivo Drari pels Drets de l'Infant, en Barcelona, se advierte de que en el último mes y medio al menos 12 menores han abandonado centros donde estaban tutelados por la Generalitat para viajar a otras comunidades, como el País Vasco. No quieren ser repatriados. Es el caso de Mohamed. Su madre, Halima, nos recibe en una chabola de uralita de Tánger, en el barrio Ben Diban, donde sólo se puede acceder por calles de tierra. "Me llamó para decirme que se había ido de Barcelona. Ahora está en el norte, intenta que le arreglen los papeles", explica Halima, que tiene todas sus esperanzas en Mohamed, el quinto de sus nueve hijos. El padre está enfermo, igual que los dos hijos mayores, que son esquizofrénicos y han de medicarse a diario. Además, el hermano mayor se autolesiona y ataca al resto de los miembros de la familia. Halima intenta resistir vendiendo ropa de segunda mano o cuscús. Sin cobertura social ni acceso a la sanidad pública. Mohamed, que llevaba más de un año en Catalunya, es lo único que da fuerzas a Halima para seguir aguantando. En cambio, Andreu Camps, responsable del proyecto Barcelona-Tánger, está convencido de que es posible probar la hipótesis que han estudiado durante el último año y medio. Asegura que son conscientes de los actuales fracasos para prevenir la inmigración de menores y concreta que su apuesta consiste en cambiar el entorno y los recursos en el origen. Algo para lo que primero tendrán que lograr la confianza de los menores que ya han alcanzado su sueño: estar en Europa. ●

## Hogar, amargo hogar

Una docena de menores marroquíes han huido de Catalunya para evitar la repatriación

CARLA FIBLA  
Tánger. Corresponsal

La iniciativa es aparentemente positiva, pero la realidad de los menores marroquíes en su país de origen, las condiciones económicas que los llevan a una emigración prematura, hacen que el proyecto Barcelona-Tánger, cofinanciado con dos millones de euros por la Generalitat y la Unión Europea durante tres años, tenga unas muy limitadas posibilidades de éxito.

En los tres meses de vida del proyecto, se ha creado una oficina en Tánger en la que se coordinan las actividades de prevención y sensibilización –con las que se completará el retorno voluntario–, se concreta la formación profesional para reintegrar a los chavales y facilitarles una vuelta que no suponga una nueva frustración y se ultiman los detalles de los dos pisos (en los que vivirán 4 y 6 menores) en el barrio Branes, desde donde no puede divisarse el mar Mediterráneo.

De los 4.000 menores marroquíes que están tutelados por las comunidades autónomas en España, cerca de 400 viven en Cataluña. Su número aumenta por la escasa colaboración de los consulados marroquíes para localizar a las familias y por el interés relativo de Rabat en que los menores, integrados y aprendiendo un oficio, regresen a las inexistentes infraestructuras sociales de protección



CARLA FIBLA

Halima (izquierda), madre de Mohamed, junto a su nuera y sus dos nietos

del menor en Marruecos, a las que deberían recurrir una vez que son repatriados. Así, acababan convertidos en niños de la calle (según Unicef, en más de un 80% de los casos).

"Pregúntele a cualquier tangerino por el proyecto Barcelona-Tánger. Todos le responderán que es para repatriar menores, que no

hay un plan de desarrollo o cooperación", explica un militante de una asociación de barrio. Con un planteamiento similar, Mercedes Jiménez, antropóloga y miembro del Colectivo Al Jaïma, que lleva más de cinco años documentando los casos de retorno, argumenta: "Barcelona-Tánger no protege al menor, si-